

– A ver qué aporta esa musa guajira, pues hace ya mucho que lo tiene en fase adoratriz. Por el momento no le ha dictado otra cosa que imitaciones de Neruda, un Neruda aguado en Evaristo Carriego. Nadie como él revela las influencias mal asimiladas, el atolondramiento del vanguardista provinciano por incorporar a los que han ganado en verdad esas posiciones. Detrás de su aparente timidez se cree un Orfeo tropical.

La referencia a Neruda sonroja a Juan Ramón.

– Ese señor, Neftalí Reyes, no entiende nada y se entretiene en cantar contra mí en coro de necios o beodos. Su poesía no tiene acento propio. Es como un vertedero a donde hubiera ido a parar el sobrante, el desperdicio, el detrito. Vaga como un rebuscador que encuentra aquí y allá por su camino un pedazo de cartón, un vidrio, una suela de zapato, un ojo, una colilla y los fuera uniendo y pegando sin ton ni son sobre el tablero de su taller, pero dejándose olvidado también el útil ajeno: un lápiz, una tijera de sastre. Sus amigos de partido se han contagiado. Cuando llegó Marinello de México me llamaron para que fuera al muelle a esperarlo. Pero ya sabe usted que no soy hombre de comisión ni de turba. Luego, cuando pasé por su casa, me dijo: «¿No ha querido usted comprometerse?» Lo invitamos entonces a comer con nosotros en nuestro hotelito. El jefe de comedor, un asturiano que se llama José Méndez, me había dicho que sería feliz si podía darle la mano. Vino a nuestra mesa y le dije levantándome: «Mi amigo José Méndez, asturiano que lo admira hace tiempo, quiere saludarlo». Méndez extendió su mano dura y trabajada, pero tuvo que guardársela porque el comunista, sentado, no le tendió la suya con sortijas.

– Politiqueros... Nos les haga usted caso.

– A Marinello le oí sus discursos populares. Pero me pareció retórico, imperativo. Le falta sencillez, y el espíritu libre que hay que comunicar al humilde. Así se lo dije a Clarita Porcet, que estuvo de acuerdo conmigo. Y ahora esta notita que acaba de publicar, ese entrefiletito torpe y venenoso en el periódico de la Legación. Ya he protestado ante don Fernando. Marinello, Roa, Guillén y compañía creen que no me entero de lo que dicen a mis espaldas. Pero lo leo todo. A Zenobia ya le da náusea tanto periódico. Diga usted lo que diga, prefiero a Ballagas; es al menos respetuoso. Por cierto, me ha anunciado que escribirá un «Prontuario de Flora lírica». Se le ha ocurrido conversando con nosotros, que le preguntamos a qué sabía el marañón.

– En la gran división de las frutas, esa dualidad que rigen el mamey y la piña, el marañón está del lado de la piña, una armadura que protege una pulpa dulcísima, y que al chuparla aprieta la boca. Mi primer marañón lo comí cuando tenía cinco o seis años de edad y ese sabor recorre el tiempo

sin que logre olvidarlo. Pero no se esfuerce, mestero, ni siquiera Góngora pudo clasificar ese mundo de paladares güelfos y gibelinos.

– ¿Cree usted que podríamos hablar de eso en la Universidad?

– No se haga esperanzas. Hemos estado insistiéndole al rector para que usted lea en el Aula Magna. ¿Y sabe lo que ha respondido ese señor?: «Hay que tener mucho cuidado con quien viene a hablar aquí. ¿Es conocido ese señor Jiménez?»

– En cualquier caso, ese no es mi lugar, sino el de Menéndez Pidal. Bueno, me marcho ya porque supongo que tendrá ganas de encender uno de esos puros deleitosos que yo padezco. ¿Puede usted pedirme un coche de alquiler? Para venir he tomado uno de esos monstruos verdes y anaranjados que ustedes llaman guaguas, pero a esta hora las fuerzas me abandonan.

Se levanta, sonriente. Dice adiós a la madre. Le elogia el café a Baldomera. Y sube al coche, después de comentar algo sobre los espléndidos nubarrones de los trópicos.

Febrero de 1938. Lezama, con un traje modesto y ceñido (el mismo con el que aparece en una foto junto a su hermana Eloísa, en el Relleno del Malecón), va presuroso rumbo al Hotel Vedado. Por fin, después de los sucesivos cierres de la Universidad, ha terminado las clases de Derecho y se dedica a preparar su tesis: *La responsabilidad criminal en el delito de lesiones*. Trabaja por las mañanas en un bufete privado, pero lo poco que gana se lo gasta en librerías: *La Victoria*, del exiliado español Tomás Méndez, que aviva con sus precios los celos de la competencia: *Minerva*, la *Contemporánea* y la *Económica* de Obispo y O'Reilly. El dueño de estas dos últimas, Alberto S. Veloso, permite que Lezama le compre a plazos y su cuenta se vuelve, según su hermana Eloísa, «una centrífuga interminable».

Esa tarde Juan Ramón está melancólico: lo ronda la imagen de su sobrino, muerto meses antes en las filas franquistas. Invita a comer a Lezama (Zenobia está fuera de la ciudad), comentan los primeros síntomas de una gripe y la furia de los ciclones tropicales. La poeta y periodista Herminia del Portal ha hecho su visita ritual al Vedado el día anterior para hablarle de Paul Valéry, de Eugenio D'Ors y de otros intelectuales a los que ha conocido en París, en casa de Milena Barili. A Juan Ramón le interesa la relación de Barili con Valéry y otros escritores franceses. Pero su otra pasión son los chismes sobre sus contemporáneos. «Le contaba de Eugenio D'Ors –recuerda la cubana–, de una vez que en la librería *Le Cercle* sostuvo un debate literario con Valéry. Valéry lo fulminó. Y D'Ors, porfiado, insistía en discutir: *Parce que* ... Yo imitaba muy bien el acento castizo de

D'Ors cuando hablaba francés. A Juan Ramón le causaba mucha gracia. No hacía más que terminar y él: “dímelo otra vez”...».

Otra anécdota: en enero de 1939, el célebre lingüista Karl Vossler, invitado, también por Chacón y Calvo, para hablar sobre la poesía del Siglo de Oro en el Instituto de Altos Estudios, coincide en el Hotel Vedado con Juan Ramón. Ha decidido atender las fervientes recomendaciones de Menéndez Pidal y escapar del invierno bávaro en aquella «Niza de los americanos». En ese mismo momento, el andaluz pone en marcha su máquina de recelar, hasta que Chacón, de regreso del hospital donde ha estado ingresado por una misteriosa operación «no grave pero muy molesta», se da cuenta de que sus invitados llevan varios días sentándose en mesas contiguas sin hablarse, y hace las debidas presentaciones. Por supuesto, sale el tema de la guerra, y la mención a la Alemania nazi sonroja al filólogo. Juan Ramón le cuenta la tragedia del exilio español, y conmueve a Vossler con la historia de su biblioteca perdida. En tono más áspero, le anuncia que no podrá asistir a su conferencia, presidida por el ministro de Alemania. Para aflojar tensiones, Zenobia le enviará flores a *Frau* Vossler, con quien comparte el estupor ante los carnavales del trópico.

Días después, Juan Ramón, sumido en una profunda depresión, cede a las presiones de su esposa y se marcha definitivamente a la Florida. No son muchos los que van a despedirlos al muelle. Están los Florit, Camila Henríquez Ureña, las hermanas Lavedán, Elena Mederos, el señor Porro. Los Camacho le mandan un coche con chofer. Algunos traen regalos: para Juan Ramón un pasador de corbata, para Zenobia un ramillete de guisantes y un agua de colonia Guerlain. Lezama le escribe enseguida a Juan Ramón, que ha intentado conseguirle una beca de estudios en la Universidad de Gainesville:

Me sería muy conveniente embarcar antes que el curso empezase con objeto de repasar y perfeccionar el idioma. Para trasladarme con esa anticipación me sería imprescindible el envío de los trescientos pesos en efectivo. Me alegraría en extremo que usted hiciese posible que la universidad me enviase ese adelanto para hacer el necesario gasto de viaje. De ese modo también conseguiría familiarizarme con el paisaje antes de que el curso empezase.

¿Gainesville es un pueblecito que está cerca de Miami? ¿está muy lejos? ¿La universidad se encuentra cerca de donde usted vive? ¿Me sería posible verlo a usted con frecuencia? Dispense esas preguntas en serie, pero usted sabe que hay en el fondo de todo eso un problema de raíces. Eso y la lección que le aprendemos al aire, me atemorizan un poco al trasladarme, y me fuerzan las preguntas. Todas esas cosas que usted me diga me darían seguridades que me son necesarias.